COMPENDIO DEL CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

Nº 245. ¿Qué son los edificios sagrados?

Monseñor José Ignacio Munilla

(Transcripción aproximada del audio)

Número 245 del Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica:

¿Qué son los edificios sagrados?

«Los edificios sagrados son las casas de Dios, símbolo de la Iglesia que vive en aquel lugar e imagen de la morada celestial. Son lugares de oración en los que la Iglesia celebra sobre todo la Eucaristía y adora a Cristo realmente presente en el tabernáculo».

Por lo tanto, fijaros: casa de oración. Recordad aquel episodio en el que Jesús dijo: «No convirtáis el templo en una cueva de ladrones», porque es la casa de oración. Un lugar de oración, lugar donde Dios habita entre nosotros; es un signo visible de esa promesa de Dios, que estaría con nosotros siempre.

Ya en el Antiguo Testamento, el pueblo de Israel, cuando caminaba por el desierto en busca de la tierra prometida, tenía la Tienda del Encuentro. La Tienda del Encuentro, que era el lugar en el que Moisés entraba dentro de esa tienda para encontrarse con Dios; y solían colocar esa tienda en un lugar. No la ponían en medio, no se atrevían a ponerla en medio del campamento de Israel en el desierto; más bien la ponían en los exteriores, porque les parecía como irrespetuoso pensar que la gloria de Dios fuese a habitar en medio de ellos. Pero era una conciencia de que Dios estaba presente; no se atrevían a decir que estuviese tan cerca para vivir en medio de ellos.

Aquello no era más que una imagen de lo que estaba por venir, que era la gloria de Dios en Jesucristo tomando nuestra carne y habitando junto a nosotros. Y esa gloria de Cristo, después de ascendido a los cielos, se prolonga sacramentalmente entre nosotros habitando en templos; en templos visibles, en templos que están en medio de nuestra casa. Están cerca, cerca de esa urbe donde habitamos, cerca de nosotros hay un templo.

Recuerdo haber visitado en una ocasión una ciudad de México en la que los habitantes de aquel lugar, cuando pasaban sus autobuses —el autobús urbano— delante de una iglesia, todos ellos se santiguaban, algunos se quitaban su sombrero; tenían conciencia de que estaban pasando delante de la iglesia, la casa del Señor. Y la verdad que ver su gesto de fe me conmovía profundamente: eran conscientes de que esa iglesia, ese templo por el que estábamos pasando, era signo de la presencia de Dios visible.

La Iglesia en la liturgia suele hacer una ceremonia de dedicación de un templo o dedicación de un altar. Entiende que no es una casa cualquiera: ha sido como sacralizada. Se le llama una ceremonia de dedicación de la iglesia y del altar; ha sido

como sacralizada para que tenga un uso sacro, y no puede, no debe de ser utilizada para cualquier cosa y de cualquier manera. De hecho, cuando un lugar, pues por lo que fuere, va a dejar de ser iglesia, se hace un acto de desacralización del altar o de un templo.

Hay una famosa expresión de Chesterton —que ya sabéis que le cito con frecuencia y que le admiro mucho—, él era muy amante del gótico porque las iglesias góticas pues a él le maravillaban. Imaginaros, por ejemplo, lo que es el Duomo, la catedral de Milán, ese gótico impresionante; imaginaros lo que son muchas catedrales españolas como la catedral de Burgos o catedrales góticas maravillosas. Pues dice Chesterton en una de sus frases: «Cristo profetizó el gótico cuando dijo aquella frase: "Si estos callan, gritarán las piedras"». Es una expresión con la que él quiere subrayar cómo muchos templos, también por su belleza, por la belleza con la que los hombres los han construido, se han convertido también a través de la belleza, a través de ese esfuerzo estético, en un lugar en el que el hombre, con la obra de sus manos, canta la gloria de Dios, alaba la gloria de Dios.

Es un signo. Es un signo en el que, siendo muy conscientes de que un edificio es un signo —sería absurdo divinizarlo igual que sería un absurdo divinizar una imagen, una estatua, un cuadro, sería absurdo divinizarlas—, somos conscientes de que es un signo; también lo mismo ocurre con los edificios. Pero, al mismo tiempo, nos están elevando nuestro corazón porque han sido hechos para visualizar al invisible. Y especialmente sabiendo que el corazón de esos templos de Dios está habitado por la presencia real, sustancial de Jesucristo en la Eucaristía.

Dice, por lo tanto, este punto 245: «símbolo de la Iglesia que vive... en la morada celestial». Esta iglesia en la que yo entro, cuando uno entra en la iglesia, toma el agua bendita, se santigua y dice: «entro en esta iglesia que es un símbolo de la Jerusalén celestial a la cual todos nos conducimos»